sin futuro

Fede Andy

© Federico Andrés Aracena, 2024.
La tremenda portada es de @lalithome.

Bajo Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0
Se permite copiar y compartir este libro únicamente en su forma original,
siempre que se reconozca la autoría y no haya fines de lucro ni obras derivadas.

Para comentarios, críticas, repudio, propuestas, felicitaciones o lo que sea que genere la novela, favor de contactarse a: unescritordesempleado@gmail.com

A la familia elegida, los de allá y los de acá.
Gracias por acompañarme en esta locura de mundo.

Prólogo

Esta novela tiene dos momentos clave en su proceso creativo. El primero, el de su armado y redacción, fue entre el 2020 y el 2021. Por aquel entonces, por causa de público conocimiento, me hallé con mucho tiempo libre y necesidad de dedicarme a algo para mantener la cabeza ocupada. Luego volvieron la rutina, las salidas, las obligaciones y las demás distracciones que nos encontramos a diario; y el texto quedó juntando pixeles de polvo, enterrado por la procrastinación y el desgano.

La segunda instancia llegaría a finales del 2023, durante una temporada de invierno en Lanzarote. Allá en la isla, todo se prestó para que retomara lo que había dejado. Primero, porque nunca conseguí trabajo y me encontré, nuevamente, con mucho tiempo libre y la necesidad de distraerme. Y, por otro lado, el más poético si se quiere, en aquella isla vivió y murió uno de mis grandes Maestros.

En mi cumpleaños número treinta, con mi compañera visitamos la casa en la que supo escribir, comer, soñar, compartir con sus amigos y jugar con su perro; vimos la cama en la que durmió con su mujer hasta la última noche. No voy a nombrarlo porque nada tiene que ver esta novela con la belleza de sus escritos, pero aquel fue un momento bisagra en mi vida. Ahí hallé la certeza de estar transitando el camino correcto y, más importante,

conseguí la motivación para seguir adelante con este oficio. Y retomé este proyecto. Llevé a cabo la edición y el maquetado, para después terminar la última instancia de los derechos y la impresión en Barcelona, durante el año 2024.

Todo este palabrerío para decirles que escribí esto hace bastante y que, si bien he quedado conforme, la veo como lo que es: una primera novela. Con ella he perdido la vergüenza a ser leído, ni hablar de todo lo que aprendí sobre la maravillosa -y ardua- tarea de traer libros al mundo. Ya vendrán otros que reflejen el crecimiento que llevo desde entonces. De momento, sólo queda desearles que disfruten esta lectura, y ya nos encontraremos más adelante.

Capítulo 1

Sus ojos claros desmenuzan mis nervios sin perderse ningún detalle. La calefacción es exagerada y aureolas amarillentas florecen en mis axilas. Hay algo en la mirada de este tipo que me hace diminuto. Me desplomo sobre una silla que somete mis vértebras, vencidas por tantos años de apuntar al suelo, a la rectitud más punzante. Me acomodo y espero. Intento despejar su atención con una frase sobre el clima.

—Dicen que mañana entra otro frente. — Escupe, automático.

Murmura y hace anotaciones mientras revisa mi currículum. Cada tanto, lanza miradas filosas por encima de la hoja, como dudando de mi tolerancia al trabajo bajo presión o sobre mis conocimientos en Excel. Debe estar haciendo tiempo para ponerme más nervioso.

Aprovecho para pasear la mirada por la oficina: carpetas, una taza vacía, un diploma adornando la pared a su espalda. Nunca me he llevado bien con los licenciados en administración de empresas. No le encuentro relevancia a lo que sale de sus bocas, mucho menos entiendo el orgullo con el que lo transmiten. Hasta hay veces en las que percibo la competencia que se les ha insertado en el cerebro. Ese medirselá, constante y subrepticio, propio de la cosmovisión individualista que han ido forjando

a lo largo de los años; que *les* han ido forjando a lo largo de los años, mejor dicho.

Obvio que el míster hacía que lo llamen licenciado. De seguro esa era la palabra que resaltaba cuando iba a la carga con su apretón viril. Saludo que, dicho sea de paso, nunca se me ofreció. Menos mal, el sudor me habría delatado. En este tipo de encuentros, no es aconsejable demostrar signos de debilidad. No vaya a ser cosa que no cumplamos con el perfil buscado.

Odio las entrevistas de trabajo. En el momento que sé que he quedado preseleccionado, algo me oprime el pecho y me dificulta respirar. El malestar va empeorando al acercarse la fecha. La noche anterior directamente no duermo. Recreo, una y otra vez, las escenas fallidas de encuentros anteriores. He comenzado a creer que me autosaboteo; cosa que tiene todo el sentido del mundo, ahora que lo pienso.

Odio las entrevistas de trabajo y el conjunto de preguntas huecas que suelen aparecer en ellas. Qué sé yo cuáles son mis debilidades y mis fortalezas, mucho menos sé dónde me veo en cinco o diez años, como si se pudiera planificar tan adelante. Pensar a futuro es privilegio de ricos y trabajadores en blanco (algunos pocos). El resto de los mortales vamos viendo sobre la marcha, cambiando de dirección antes de caer por el barranco.

La espera ya es insólita y me entretengo imaginando su complejo de inferioridad. Su reloj, sus zapatos, el traje apretado;

todo a su alrededor me susurra la existencia de un vacío que no puede ser llenado. Lo imagino lavando su camioneta con cuidado, subiendo a duras penas con su metro sesenta, ante la mirada envidiosa de los vecinos. Visualizo su enorme casa y el gran jardín que le sirve de excusa para hablar lo menos posible con los suyos.

—¿Me contás alguna experiencia laboral significativa? — Corta mis pensamientos a la mitad.
—Mmm… ah, sí. Creé un emprendimiento audiovisual en la secundaria. — Deja los papeles y se acomoda en su asiento.
—¿Cómo es eso? — Pregunta, disimulando el interés.

Me relajo, no hay por qué bloquearse. Me importa poco si me toman o no, en verdad. Es una financiera que da préstamos a las personas más riesgosas, a tasas casi usureras. Si me contratan, estaré un tercio del día ofreciendo facilidades de pago a personas insolventes; enterrándolos más profundo de lo que ya están.

—En realidad, lo cofundé con mi socio, Luciano. Éramos compañeros de banco y nos la pasábamos hablando de cómo hacer plata. Después de semanas pensando, nos llegó el rumor de un pibe que cobraba veinticinco centavos por mostrar videos porno desde su Nokia 3220, en los recreos del colegio. —
—¿Y ustedes se pusieron con eso? — Su boca se contrae.
—No, no. Nunca se nos pasó eso por la cabeza. Yo tenía un Nokia mil cien y mi amigo un Motorola cabezón, no había

manera. Lo que creamos fue un aceitado sistema de alquiler de películas pornográficas, en el momento y el lugar indicado: una escuela secundaria en la era del internet desde el teléfono fijo. Teníamos como público objetivo a nuestros compañeros: adolescentes en pleno despertar sexual, o edad del pavo, como quiera llamarle. Estaban tan desesperados, que se conformaban con videoclips en MTV o fotos de la revista Gente, para saciar su calentura. Nosotros ofrecíamos, por una módica suma, la posibilidad de acceder a ese tesoro tan buscado: el sexo explícito; su dinámica y sus formas, su mecánica y su geometría... —
—¿De dónde sacaban las películas? —

Tomo una pausa para beber agua. Aprovecho a espiarlo a través del vidrio: está tenso, expectante, hasta diría un poco excitado. Codos enganchados al escritorio, sentado al borde de la silla, apretándole ésta, quizás, alguna región erógena poco explorada por el licenciado, o simplemente estará pensando en las nopor vistas y las que verá, o tal vez sólo está entusiasmado por la idea de negocios. No sé, siempre es difícil captar a esta gente. Me demoro todo lo que puedo para alargar el suspenso...

—Mi casa estaba llena. Mi tío tenía un videoclub y en la cochera había pilas y pilas de dvds. Las alquilábamos por dos pesos al día, e incluso ofrecíamos abonos semanales y mensuales. Cada día, los dos caminábamos a la escuela con la mochila llena de porno. Empezamos con algunos clientes tímidos que atendíamos en el baño, pero después de unas semanas, nos abordaban hasta en el aula, con el profesor ahí parado dando clases. Los

más grandes nos preguntaban los precios en la fila del kiosco, sin importar quien estuviera cerca. Me acuerdo de uno que pedía, específicamente, pelis que tuvieran una trama desarrollada. Estábamos desbordados, era prácticamente como vender droga. Uno hasta se puso violento, una vez que le dimos una que estaba rayada. —

Se microescandaliza cuando pronuncio la palabra droga. Es gracioso, fue una milésima de segundo en la que su rostro pareció sacar un screenshot; no sé cómo explicarlo.

—¿Y qué pasó? —
—Lo mantuvimos por un tiempo y lo vimos morir lentamente con la aparición de la banda ancha. No nos molestó; habíamos juntado más de lo que teníamos pensado y, además, ya no queríamos tener que ir y venir con todo aquello. Vendimos lo que pudimos y lo dejamos. —

Me paso un rato más mintiendo descaradamente sobre mi profesionalismo y proactividad. El ambiente es distendido; me habla con orgullo de lo que se hace en la empresa y lo que quiere para el puesto: disciplina, perseverancia y no-sé-qué-más. Yo digo que sí cada tanto y agrego algún comentario imbécil, dando mi beneplácito a todo el circo. Al levantarse, me pregunta si puedo empezar el lunes próximo. Nunca me había pasado algo así, pensé que esto sólo ocurría en las películas. Invento mi mejor cara de éxito, tartamudeo una aceptación y estrecho su mano, sorprendido por lo inesperado de su pregunta.

Ya en la vereda y, aun así, la presión sobre mi pecho no cede. Deambulo distraído por las calles del centro. No hay dónde ir y mi turno en el super empieza en algunas horas. Me siento en un banquito de la Plaza Independencia y prendo el porro que me había dejado en el bolsillo del saco, metido en una ziploc. El viento helado se lleva el humo y mis músculos se aflojan. Contesto mensajes con emojis hipócritas y recibo felicitaciones que parecen sinceras. Retomo el desfile infinito de felicidad neurótica de Instagram. Veo pasar memes, viajes, comidas; fotos pretenciosas indies que no me significan nada. Respondo algunas historias a ver si hay suerte: un fueguito acá, una carita con ojos de corazón allá, un «holis» a esta otra que cortó con el novio. Ahora a esperar.

La ansiedad va aminorando hasta que noto el temblor de mis manos. Las noches durmiendo mal se manifiestan una vez arriba del bondi. La cara pegada a la ventana, la ciudad va cargando conforme avanzamos. Vuelvo a pensar en el licenciado Aguilar. Ahora mismo debe estar con el pecho inflado, agrandado más que de costumbre, convencido de haber fichado a un mentalidad-de-tiburón, o algo así. El pobre ignora que su logro no es tal, y que lo único que ha hecho es contratar a un pibe que sólo tiene mucha imaginación y muy poco que perder.

Capítulo 2

Busco clavarle mis uñas, sujetarlo con todas mis fuerzas, pero aun así el teatro se evapora sin piedad. Los símbolos, las imágenes y las palabras que me habían dado tanta paz, ahora pasan a formar parte del cementerio de las representaciones. Nado en una pasta pegajosa que entorpece mis movimientos. Mis extremidades están entumecidas y mi boca seca. Mi cabeza late en el traspaso entre los mundos.

Estoy sudando frío, tiemblo como un animal asustado. Por unos segundos no logro entender dónde me encuentro. No sin cierto esfuerzo, despego mis párpados y todo va tomando forma, se dibuja en el momento. De la persiana se desprenden algunos rayos que iluminan la danza de partículas de polvo suspendidas; pequeños cuerpos celestes en este vacío íntimo. Las mantas se enroscan como enredaderas, me aferran tenazmente dificultando mi renacer. No sé qué fue lo que soñé, pero el eco de aquello me hunde en una tristeza profunda. Lo que queda de aquella calma, es la certeza de haberla perdido para siempre.

Entre las sábanas encuentro mi celular. Aún faltan dos horas para mi turno. Para el de hoy, ya que falté al de ayer. Hay varias llamadas perdidas y audios de minutos del encargado. Doy

vuelta la almohada y la frescura del reverso me ayuda a pensar con claridad. De a poco, se reconstruyen las escenas perdidas.

El Gordo me había invitado a tomar unas birras y acepté, más para olvidarme de mi nuevo trabajo, que para celebrarlo. Decidí faltar al super sin avisar. No me acuerdo si comimos, si después se sumó alguien más, si volví caminando por las vías del trencito como suelo hacer. Lo que sí tengo presente es la cara del Gordo al ser ignorado por el transa, y su desilusión ebria al darse cuenta que la noche terminaba. Me acuerdo haber agradecido, para mis adentros, que no hayamos conseguido falopa. Vaya uno a saber dónde terminábamos.

Me percato que dormí con la ropa puesta. Mi camisa está llena de barro, los zapatos me miran desde la esquina de la pieza, untados en lo que parece ser vómito. La pensión está tranquila; ya deben haber salido todos hacia sus respectivas obligaciones. La charla de los llamadores de ángeles llega por la ventanita del baño y se funde con el agua que cae desde lo alto. Parecen enfrascados en algún tipo de discusión, tal vez hacen catarsis ante la indiferencia alada, quizás sólo comentan el clima. El vapor se va expandiendo hasta borronear los contornos de ese ser que se me parece cada vez menos. La ducha, un Alikal y un café cargado son mi reconstrucción.

La idea era demorar todo lo posible el encuentro con mi encargado, pero es la primera persona que me cruzo al llegar. Parece que ha estado esperando para interceptarme. Me escolta

de inmediato a su oficina: un sucucho con mala iluminación, lleno de cajas y polvo. No puedo dejar de ver la verruga en su cachete. Parece respirar; parece querer despegarse de su cara grasienta y escaparse, casi tanto como yo lo deseo. El asociado Ramírez monologuea incansable sobre la falta de respeto, a la institución y a mis compañeros, que significa mi ausencia el día anterior.

—¡Y sin avisar! — Levanta la voz y su papada tiembla. El dedo señalando al techo, su calvicie irreversible, la saliva que despide su boca; todo me parece grotescamente cómico.

A Ramírez el ruidoso hay que dejarlo disertar. Esperar mientras se enreda exponiendo sobre valores empresariales y disciplina, haciendo uso de metáforas refritas, hasta que te mira con cara inquisitiva y le respondés que no volverá a pasar, sea lo que fuere. Una gota de baba detona cerca de mi boca y me devuelve a la reunión.

—Eh, ¿me estás escuchando? —
—¿Podés bajar la voz? Se me parte la cabeza. — Se queda mudo, no se lo esperaba. —Ya cuando escuché «falta de respeto» me dio paja. Ayer falté porque me surgió un tema personal, pido disculpas. — Me limpio el proyectil de saliva de la manera más obvia posible.
—Esa no es forma de hablarle a un superior, asociado. No me queda otra opción que elevar un informe a recursos humanos. Además, es claro que estás alcoholizado. — No dice «borracho»

como la gente normal; ahí te das cuenta que es un pelotudo. La verruga está a punto de reventar.
—Tener resaca no es lo mismo que estar borracho. Ahora se me hace insoportable escucharte; si estuviese como vos decís, hasta tendría gracia. Avisame lo que te respondan. Voy a marcar tarjeta, por mientras. — Le dedico mi sonrisa más cargada de hipocresía y me dirijo a la puerta. Antes de salir, vuelvo a cargar.
—¿No pensás que es una pelotudez esto de llamarnos asociados entre nosotros? Si la vemos pasar, no más… —

La puerta corta la que iba a ser una escandalizada respuesta a mi observación. Salgo al caos de carritos y ofertas disfrazando sobreprecios; saludo a algunos compañeros, al puñado que me cae bien, y me dirijo al depósito, a registrar mi llegada.

Detrás de la puerta que reza «sólo personal autorizado» puede verse la otra cara del super. Tras bambalinas, esta capilla del consumo se convierte en un laberinto de pasillos toscos. Una iluminación de peli de terror muestra, a cada lado, mercadería que por diferentes razones no puede ir a góndola. Obviamente, está lleno de cámaras para que nadie tome lo que no es suyo. He visto yogures vencerse en carritos llenos de cosas defectuosas, panes de hamburguesa colonizados de a poco por el moho; todo bajo los implacables ojos negros del techo.

Esquivo a dos supervisores que ignoran mi saludo, enfrascados en un sinfín de gastadas futbolísticas. Algunos chistes de lo rompe huevo que son sus respectivas mujeres y los dos

desaparecen en una de las esquinas. Justo en el último tramo antes del reloj, aparece la asociada Sandra. Sandra sigilosa como samurái. Sandra guardiana aguerrida de la orden del depósito y fundamentalista del reglamento interno.

—Tiene que tener puesto el uniforme para marcar, asociado. — Cada vez me molesta más esa palabra.
—Ya sé, me saqué el chaleco porque me di cuenta que lo tenía al revés. — Se ha parado delante de mí y no me deja llegar a la máquina.
—No importa. Para marcar tiene que tener puesto el uniforme, de lo contrario le estaría robando tiempo a la empresa. Aparte de eso, llega tarde, asociado. —
—Estaba con Ramírez, que quería hablar conmigo... — Sé que no me escucha, ni siquiera se esfuerza por simularlo.
—Lo primero que hay que hacer al llegar es marcar, ya lo sabe, asociado. —

No tiene caso seguir discutiendo con este humanoide que repetirá, hasta el cansancio, los mismos puntos del manual. Se ha plantado con su cuerpo redondo, cruzando los brazos flácidos; cosa que me recuerda a un chinchulín trenzado gigante.

Se me ocurre que debe tener un ejemplar impreso en su mesita de luz, junto a algún libro de autoayuda promedio o del tipo cómo-funciona-tu-mente. Debe ojearlo cada día antes de irse a dormir. La imagino leyendo a sus gatos, mareada por mezclar

pastillas con vino. Y sola; no hay manera de imaginarla, fuera de este antro, que no sea sola.

Está la posibilidad de ceder; sonreír, pedir perdón, ponerme el puto chaleco y marcar. Sin embargo, no tengo ganas. Vine con el único objetivo de echarle nafta a este infierno.

Con una finta, aprendida en mis años de básquet, la esquivo y acredito mi entrada. El pitido me da por victorioso y me alejo tranquilo, con el chaleco en la mano. La asociada está descuadrada, no entiende lo que acaba de pasar. Emprendo el camino de regreso en modo turista, saboreando cada paso. Freno en seco unos metros antes del pasaje al super y simulo atar los cordones de mis zapatillas. Lo hago metódicamente, como si mis manos estuvieran dando forma a una manualidad compleja. Sé que me está mirando con la cara rígida; golpeando la carpetita que lleva a todos lados. Me incorporo satisfecho y entro al baño, no sin antes dedicarle una mirada de reojo. Debe haberse abalanzado a toda velocidad porque, antes de llegar al mingitorio, se escucha tras la puerta una mezcla de retos y amenazas. Sacudo hasta la última gota y me lavo las manos con metodicidad quirúrgica; tallo despacio cada esquina, cada uña, sin importarme que no haya jabón. Me sorprendo al no verla esperando mi salida. Otra notificación para recursos humanos, supongo.

Principio de mes en el super; hay que comprar porque el dinero se disuelve. Corredores atestados y changuitos a medio llenar. Ojos atentos cazando ofertas y ojos severos controlando el

orden. Ojos semicerrados que ven un desfile interminable de clientes y productos. Ojos de cachorro que observan el espectáculo desde su pecera y ojos de empleado de pet shop que miran el reloj, contando los minutos para cerrar e irse a la mierda.

Peceras dentro de peceras, dentro de más peceras.

Una pareja joven debate con la mirada los productos que serán seleccionados para llenar la heladera, mientras un niño llora por alguna negativa. Ella rechaza todos los productos elegidos por él, sin siquiera dar explicaciones. Él acepta sin chistar hasta que se rinde y le cede la tarea. Ella mira criteriosamente precios, fechas de caducidad, marcas, contenido en azúcares, grasas trans; mientras, alterna su atención entre el niño llorando y el niño desinteresado que ahora empuja el carrito. Sus ojeras parecen crecer a cada segundo.

Un jubilado de boina mira las góndolas como buscando una verdad absoluta. Investiga las etiquetas y deja los paquetes en su lugar para seguir su epopeya austera. Al llegar a la sección de carnes, observa por unos segundos los cortes del día y sigue su análisis con las bandejas que chorrean sangre y pus. Avergonzado, deja el cacho de animal muerto en su lugar y ojea para todos lados a ver si alguien ha notado el gesto. Sigue su camino con un canasto en el que se pueden adivinar un par de paquetes de arroz, unas latas de lentejas, una bolsa de harina, azúcar, café instantáneo y una botella grande de champú.

Dos señoras obstaculizan el tránsito en la sección de lácteos, enfrascadas en una disputa retórica sobre el precio del pan, el del dólar y el de la yerba en vaya a saber qué otro supermercado. Luego de mucho hablar y poco escuchar terminan, no se sabe bien cómo, despotricando contra las medidas sanitarias del chino que está a unas cuadras de la casa de una de ellas. Ahí tejen en conjunto una sarta de comentarios xenófobos hacia chinos y coreanos, y ya que estamos, hacia bolivianos y peruanos. Llegan a la conclusión de que el problema de este país de mierda es la falta de transparencia de la clase política y que a la gente no le gusta laburar. Eso le da pie a la otra para hablar del sueldo de su hijo médico que vive en Estados Unidos y allá le alcanza, y allá puede, y allá progresa y allá etcétera…

La del hijo doctor me bloquea el paso al notar mi chaleco.

—Disculpame… Sí, vos. ¿Por qué hay tan pocos empleados? Hace media hora estoy esperando que me atiendan. —
—Porque la idea es reducir costos, señora. ¿En qué le puedo ayudar? —
—Los precios son una locura. —
—¿Qué necesita? ¿Está buscando algo en concreto? —
—Vine por esta crema y ahora está casi al doble. — Me muestra un pote en el que resaltan las palabras «anti age».
—No sé qué decirle, señora. Yo no pongo los precios. —

Los reclamos siguen una escalada de indignación, respaldados por la amiga que asiente a todo sin meter bocado. De

repente, aparece un señor que me resulta familiar. Brazos cruzados en la espalda y mirada al suelo; llega y se queda al lado de la clienta.

—Decile, Juan Carlos. ¿O no que la crema está al doble? —
—Ajá… —

Adivino en esos dos el futuro de la pareja que había visto minutos antes. El pibito que hacía berrinche se convertiría en médico, ingeniero o administrador de empresas. Su cerebro sería erosionado lentamente por colores bonitos y música pegajosa. Su mirada sería vaciada. Se iría de casa, y quizás del país, al encontrar una mujer que lo cuide. La relación de sus padres se convertiría en un puñado de silencios, al igual que la suya, con el tiempo.

Me doy cuenta de que Juan Carlos es «el viejo ortiva».

Este señor, más amargo que cumpleaños de Feinmann, fue mi profesor en la secundaria. La frustración que masticaba en aquel entonces se ha convertido en abatimiento. Su cara de orto característica parece haberse derretido, hasta quedar colgando al filo del hueso. Recuerdo la ausencia total de pedagogía, propia del ingeniero frustrado que se dedica a dar clases, y su soberbia repugnante, con la que daba por obvias las respuestas más rebuscadas.

Cada viernes, entraba rumiando sus problemas y se paraba al frente sin decir nada. Examinaba, indignado, nuestro show de

hormonas y jopos grasientos, y se ponía a escribir problemas que nadie entendía, ni copiaba. Fuimos varios los que tuvimos que descifrar ecuaciones aquel verano.

Por un segundo, Juan Carlos parece recordar de dónde me conoce. Baja inmediatamente la cara y sigue respaldando, de manera inerte, los planteos de su esposa. Otro estudiante de alguna de las decenas de escuelas en las que trabajó. Otro nombre de la lista que no destacó y que nunca lo hará.

Evito usar el pasado para calmar los ánimos; uno no puede largar un «usted fue profe mío» gratis. Se arriesga a que del otro lado le respondan que sí, que se acuerdan, y que abran un nuevo interrogatorio, esta vez académico, sobre el camino que se eligió luego de aquellos años dorados. No estoy de humor para exponer mis dramas universitarios ni para soportar, una vez más, la mirada condescendiente al saber que colgué la carrera a pocas materias de recibirme.

Al no obtener respuesta, las quejas terminan por esfumarse y los tres se alejan por el pasillo, buscando a otro empleado con más luces. A los pocos pasos, se escucha por lo bajo el comentario del viejo ortiva:

—Ese fue alumno mío. —
—No era muy brillante que digamos. — Acota la amiga por encima del hombro, antes de separarse de la feliz pareja.

Mi superpoder es la abstracción. Ante las confrontaciones, que no son pocas en este mundo, yo elijo hundirme en mi mente y me refugio ahí hasta que no haya peligro. Reconstruyo situaciones olvidadas e imagino futuros improbables; lo que sea con tal de huir. Permanezco unos pocos segundos con los ojos cerrados, concentrándome sólo en respirar. Cuando vuelvo a la realidad, alcanzo a ver a la señora dejando la crema en una góndola de panificados. Odio cuando la gente hace eso.

En su camino a las cajas se cruzan con Ramírez. Ella gesticula y señala hacia mi dirección, mientras él escucha atentamente y asiente compungido. Acto seguido, se acerca a paso firme con su verruga rebotando.

—¿Me querés explicar qué te pasa? —
—Nada ¿Por? —
—Venía a decirte que estás en una situación delicada y me entero que le faltás el respeto a una clienta. — Me causa gracia la expresión. Siempre los viejos usando la carta del respeto, como si cumplir años fuese un mérito que me obligue a la sumisión.
—Basta. Andá inmediatamente a recursos humanos. —
—¡Al fin! — Exclamo para hacerlo enojar más. —Bueno, si no nos vemos más… te deseo la mayor de las suertes, asociado. — Dos palmadas en el hombro y la vena que atraviesa su frente se hincha. Si se presta la suficiente atención, detrás de los labios finos puede oírse la desintegración progresiva de sus dientes, víctimas del bruxismo. Lo dejo con su calentura y voy a la administración.

La oficina mira el espectáculo del deseo humano desde una posición privilegiada. Luego de subir las escaleras contiguas a la línea de cajas, una puerta vidriada se abre y accedo al Olimpo supermercadístico. La secretaria me señala unos sillones, pero prefiero esperar de pie. La calefacción y el aire de superioridad que se respira, hacen insoportable el ambiente. El ritmo de trabajo es tranquilo, totalmente contrario al delirio de mi sector. Como es arriba, no es abajo.

Desde ahí, mandando mails y llenando planillas, se tensan y se sueltan los hilos que manejan la sucursal. Sin embargo, hay otros hilos, más fuertes y de mayor alcance, que cruzan el mundo de norte a sur hasta fundirse en los sacos de los gerentes, sin que éstos se percaten, marcando así el paso en la danza de la jerarquía.

La reunión con el jefe de recursos humanos dura menos que mi espera. Rodrigo no-sé-cuánto es el mismo que me había explicado todo para el ingreso. Su jovialidad y optimismo me habían parecido actuados en aquel entonces; ahora podía corroborar mis sospechas. La sonrisa se recibe a cambio de la entrega de tu tiempo y energía a la causa. Cuando les dejás de servir, te tratan como la basura que piensan que sos. Al parecer, me venían haciendo seguimiento por mi desempeño insatisfactorio y, después de lo de hoy, no tenían más opción que dejarme ir.

En la licenciatura de recursos humanos deben enseñar las virtudes del uso de eufemismos, porque si no, no se explica tanta tibieza.

—Me echan, digamos. —
—Bueno, así suena un poco brusco. — Carraspea descolocado.

Me explica los pasos a seguir: me llegará el telegrama un día de éstos y, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que tardaron en ponerme en blanco y que, claramente, no han registrado todas las horas que trabajo, la indemnización será muchísimo menor de lo que debería recibir. Esto no lo dice, pero lo hace entender. Para reclamar una compensación al menos coherente, tendría que recurrir a la justicia y ya me da paja de solo pensarlo.

Interrumpo su perorata solemne y acepto su ofrecimiento. Dejo en el aire su mano y me dirijo a la puerta. Me recuerda, molesto, que debo dejar el chalequito y la credencial antes de abandonar el establecimiento. La respuesta que me sale es escupir su alfombra. No es metáfora. Yo, literalmente, escupo en su alfombra beige y le dejo un circulito amarillo verdoso de adorno. No sé por qué me sale hacer eso. Fue un impulso que, déjenme decirles, se sintió hermoso.

Bajo suavemente, disfrutando este placer eléctrico que me invade, hasta que me percato que un guardia de seguridad me sigue a una distancia disimulada. Giro de golpe y corro por las

góndolas. Me atraganto con chocolates y gomitas que voy cazando al paso. Antes de pasar al depósito, hago una escala por panificados.

El estacionamiento parece moverse en cámara lenta. Los autos merodean a la búsqueda de algún hueco disponible, los carritos son abandonados sin más, entorpeciendo el paso. Juan Carlos y la señora están terminando de cargar la compra en su Duster, cuando escuchan el golpe. El parabrisas se triza un poco y esquirlas lechosas ensucian toda la escena. Ambos limpian desconcertados la metralla que ha ido a parar en sus rostros y buscan el origen del ataque. Al verme, no son capaces de articular sonido alguno.

—Ahí le conseguí el descuento, señora. Trate de aplicarla de a poco para que dure. —

Me alejo despacio, disfrutando de antemano el nuevo diálogo que tendrán estos dos con Ramírez. Una llovizna desciende, besa las calles y hace que los transeúntes aprieten el paso. El micro no aparece, por lo que decido aventurarme a pie. No hay urgencia por volver, nuevamente no hay lugar a dónde ir. El agua aterriza en mi impermeable, forma canales diminutos en sus pliegues y desemboca en cascada sobre la vereda. Avanzo confiado, voy con las venas colmadas de liberación. El viento vibra en mis oídos y yo me entrego a este nuevo bautismo.

Capítulo 3

La casa del Chino queda a unas pocas cuadras, cortando por la Estación Benegas. Tengo que bajar por Perito Moreno, cruzar el zanjón por el primer puente y, en menos de media hora, estaré subiendo las escaleritas de su puerta.

Ni un alma en la calle, los mendocinos no toleran la lluvia (me incluyo, pero hoy es un día especial). En la ciudad, conforme las gotas caen, se caen también los planes y reuniones, y la vida parece detenerse. En invierno son estas lloviznas, constantes y heladas, las que disuaden de dejar la comodidad. En verano son las tormentas de granizo, escoltadas por un sinfín de premoniciones meteorológicas, las que dan forma a la neurosis colectiva. Antes que acontezca la bendita lluvia, los mendocinos ya han debatido sus posibilidades, han prevenido a quienes parecen no estar enterados, les han rezado a sus santos correspondientes. Antes que la primera gota reviente contra el suelo, ya es trending topic en cada almacén de barrio, en cada consulta de médico. Incluso después del momento en cuestión, sigue llenando las bocas, que la analizan exhaustivamente. Eso en el mundo material, en Instagram la cosa es bien distinta. El inicio se llena de circulitos verdes; la gente anda más receptiva al calor humano (en esto también me incluyo, claro). Historias de tazas, porro y pelis; nudes para ver si pica el objetivo. Me detengo bajo el techo de una

parada. Hago un repaso, muerdo los anzuelos que me interesan, esperemos terminar mordiendo algo más…

De más está decir que casi no llueve en Mendoza. Es por eso que se arma tanto despliegue. La ciudad colapsa un poco cuando esto ocurre. A la esquizofrenia se le suman los semáforos titilando y canales de agua con mierda en las calles.

Sigo camino, no tiene sentido que me detenga estando tan cerca. Voy cuidando de no meter el pie en ningún charco. A la derecha está mi club de verano de la adolescencia. Hacía muchísimo que no pasaba por acá. Está distinto: crossfit, power jump, body pump y otros anglicismos anabolizados se detallan en la entrada. La pileta está cubierta por una estructura que la hace rentable también en invierno. Vacaciones enteras jugando al indio en esas aguas, y ahora está atravesada por líneas paralelas que marcan el camino por el que se debe nadar. Croll, mariposa, pecho, espalda; inhalar y exhalar, inhalar y exhalar. Prohibidas las bombitas y las krakatoas, usen gorrito y antiparras, esto es rutina y bienestar.

Entre tanto frenesí transformador, el árbol que supo ser nuestro ha permanecido. Sus ramas, que trepamos miles de veces, surgen detrás de la pared, apuntando al cielo. Un escalofrío recorre mi pantalón con el recuerdo de su mirada. Oigo nítido el sonido de cascada, producto del viento entre las hojas que hoy no están. El calor de su aliento soplando mi boca y mis manos llenas de electricidad, como aquella vez en el éxtasis pegajoso.

Hace tiempo que no sé nada de la Sol. La última vez que la vi fue en el super, hace un par de años. Se había salteado la fila por su embarazo y sólo levantó la vista del celular para pagar. La vi cansada y aburrida, ya no tenía su brillo. No me reconoció y no me gasté en que lo hiciera, no tenía sentido.

El nuestro, como buen amor adolescente, había sido nocivo y fugaz. Se desenvolvió con una intensidad demencial y, como era de esperarse, las cosas no terminaron bien. Cuando uno se adhiere a otra piel, ambos quedan en carne viva al separarse. Después de incontables peleas y silencios, nuestros caminos terminaron por bifurcarse. Ella parecía haber optado por las mamaderas y los domingos familiares y yo, bueno, yo no sé muy bien por lo que opté.

Unas cuadras más adelante, me distrae un cartel cruzando la calle. El mejor pelotero del mundo, o al menos así me lo pareció toda la infancia, también ha sido víctima de la vorágine. La pintura descascarada, el metal oxidado, el «Se vende» adornando su fachada derruida. Lo veo tan abandonado, y yo estoy tan al pedo, que decido trepar la reja y adentrarme en el predio. Atravieso la callecita interna que lleva al estacionamiento. Rodeo el lugar esperando que la puerta de atrás esté abierta. No me sorprende el enorme candado que la protege. Me refugio de la lluvia, que cae a baldazos ahora, bajo un techito cercano. Algo me incomoda terriblemente.

Una señora aparece de la nada y me hace señas para que cruce hasta el umbral. No parece asustada. Busca en su enorme manojo de llaves y desata el candado en un solo movimiento. Todo está cubierto de polvo y de esa energía avasallante que tienen los lugares abandonados. Los laberintos forrados de goma se han convertido en toscas estructuras; los mares de plástico han sido vaciados y sólo quedan unas pocas esferas amarronadas. La señora adivina mi desilusión y, posando su mano en mi hombro, dice dulcemente:

—No te sientas mal, picho. Todo en el mundo termina alguna vez, para bien o para mal. —
—Eso no me deja tranquilo. Estoy viendo morir todo el mundo en el que crecí. —
—Con el tiempo vas a saber aceptarlo. No queda otra, al fin y al cabo. — Sus ojos no muestran más que bondad y cariño.
—No me siento bien, creo que será mejor que me vaya. —

Me acompaña y ve cómo me pierdo por donde llegué. Ya no llueve y algunos rayos de luz se animan a descender. Mis pies contra el ripio mojado son lo único que interrumpe el silencio. De repente, el plan de play con el Chino ya no resulta tan atractivo. Vuelvo sobre mis pasos. La señora no se sorprende al verme de nuevo, tampoco dice nada; solo me observa mientras me acerco.

—Quería preguntarle… ¿por qué no me echó al verme? —

—Mirá… apenas te vi saltar la reja, pensé en llamar a la policía, pero preferí espiarte un rato, a ver qué tramabas. Algo en vos me hizo acordar al Ezequiel, mi hijo. —
—De todas maneras, quería pedirle disculpas. Este lugar es especial para mí, en cierto sentido. Quería verlo una vez más, antes que construyan una torre de edificios. Era sólo por eso. — Sonríe ante mi ocurrencia.
—Quedate tranquilo, que esto es invendible, o por lo menos eso es lo que dice la inmobiliaria. Vení ¿Querés unos mates? —

Claudia vive en una casa vieja, detrás del estacionamiento del pelotero. Accedemos a ella por una puertita incrustada en una pared cubierta de enredaderas. Ella y sus hermanos heredaron aquel terreno enorme. Antes tenían plantaciones y criaban algunos animales, me cuenta. También añade que ella no estuvo de acuerdo con su hermano, cuando le propuso la idea del pelotero. Les había ido bien al principio, reconoce, pero las crisis económicas y las disputas familiares habían erosionado la magia del lugar. Ahora Claudia sobrevive vendiendo dulces caseros y se mantiene cuerda soñando con la aparición de alguien interesado en el terreno.

Su compañera es Matilda, una perra callejera a la que le cuesta caminar. Al verme, se esfuerza por levantarse y recibirme. Las habitaciones son inmensas y oscuras, las paredes se deshacen al calor del fuego que agoniza. Me alcanza el mate y acomoda nuevos leños para revivirlo. Con la nueva luz, aparece una cómoda que exhibe varias fotos. Está ella y el que parece ser su

marido, riendo abrazados. Otra de un grupo de personas con el Puerto Pirata de fondo. Por último, está Ezequiel en un columpio: las puntas de los pies estirándose para llegar a tierra, las cadenas enroscadas y tirantes, a punto de soltarse y girar. Sonríe a cámara, parece que brilla. Claudia adivina mis pensamientos y agarra la fotografía, la observa detenidamente.

—Le encantaba cruzarse y buscar con quién jugar. Siempre tuvo problemas en la escuela, en los clubes, pero de aquel lado se la pasaba jugando con amiguitos nuevos. —

No me animo a preguntar qué pasó con él, todo me indica que hay una tragedia de por medio. Me llega un wasap del Chino; han pasado casi dos horas desde el primer mate y no le avisé nada. Dejar la casa no es problema, hasta me llevo un dulce de regalo entre mis cosas. Antes de despedirme, en un gesto lleno de ternura, Claudia me toma por los hombros, me abraza y me besa la frente. Andy haciendo amigas señoras: capítulo mil.

Las nubes han desaparecido y el sol se esfuerza por calentar el panorama. La callecita lateral por la que salgo me parece hermosa, como de un pueblo lejano. Camino despacio sobre las hojas húmedas. En cuestión de minutos estoy en la puerta de mi amigo.

—Siempre igual, vos. ¿Para qué poronga tenés el celular? —

Me disculpo sin mucho énfasis. Le relato mi jornada sin omitir detalle. Me escucha con atención, festeja mi ataque al viejo

ortiva y a su señora, y se queda mudo cuando llego a la parte del pelotero.

—Vos estás loco. ¿En serio te metiste al Puerto Pirata? ¿Y qué onda? Está re abandonado ese lugar. — Me pasa un vaso de birra y el joystick.

Le cuento en más detalle la experiencia: el encuentro con mi nueva amiga, la invitación a tomar mate. Él se caga de risa, hasta que menciono al Ezequiel.

—¿Qué pasa? —
—Nada… que ese chabón se colgó en los columpios. Un amigo lo conocía, pasó hace bastante ya... —

No quería saber y ahora no sé qué contestar. Por suerte, no hace falta; el Chino agarra el otro joystick y elige el Real Madrid. Así se acaba la conversación. Elijo mi confiable Chelsea y espero, mientras él hace las modificaciones en la formación.

Finjamos demencia, mejor.

Capítulo 4

El primer día, me entero que mi lugar de trabajo no es donde me habían entrevistado, sino en el subsuelo de ese mismo edificio. Arriba los que convencen a la gente de endeudarse, y abajo, en las mazmorras, aquellos que tienen la tarea de lograr que paguen.

La primera llamada las hago con mi superior en la nuca.

—Veamos cómo lo hacés, pibe. — Dice mientras me pongo los auriculares, empequeñecido una vez más.

Contacto a una decena de morosos que me cortan ni bien digo el nombre. La desaprobación se clava en mi cerebelo, su aliento a ajo rodea mi cuello y me descompone. Se me dificulta respirar con este ambiente casi sólido. En la oficina hay una sola ventana que da a la vereda, pero no puede abrirse. Por ella se ve un desfile, intermitente e infinito, de pies que transitan sus respectivas rutinas. Pruebo nuevamente; del otro lado me atiende una señora de voz dulce. Mantengo la conversación por unos segundos y corto.

—¿Qué pasó? — pregunta con tono de reproche.

—Era una viejita. Me dijo que necesitaba la plata para remedios y que cuando el nieto le dé un dinero que le debe, paga lo que le falta. —

Parece no entenderme, como si habláramos en idiomas distintos. Se rinde; me transmite su confianza con un «vos no vas a durar acá, pibe» y se va. Por fuera me veo tranquilo, pero en mi mente estoy prendiendo fuego todo.

—Con éstos no hay que ser amable. Tenés que tratarlos mal y amenazarlos con la vía judicial, si se ponen difíciles. Si sabés que no vas a poder devolver la guita, no pidás, capo. Es simple. — El compañero que tengo a mi derecha es el que habla. Dice *éstos* arrugando la nariz, con la boca cayéndole por el costado, en clara muestra de desprecio.

Lo veo en acción: su voz al teléfono es otra, se vuelve áspera y despiadada. Nada entre excusas como si lo hubiese hecho toda la vida y, en el momento indicado, interrumpe a su interlocutor y suelta la amenaza judicial como una bomba. Me aterra la satisfacción que muestra en su sonrisa. Le pasa las formas de pago, cierra los últimos detalles y me guiña un ojo, triunfante. ¿Qué te hicieron de chico, broder?

Finalizada la demostración, el dogmático de la moral financiera vuelve a su teléfono, y es como si no me hubiera dirigido la palabra en toda la mañana. Yo sigo intentando sin suerte.

Pasan semanas así; trato de conservar lo que me queda de humanidad y mi fracaso se mantiene estoico. Cuando te dicen tantas veces que no, perdés el sentido de las cosas. Cada negativa corta como un cuchillo y el corazón se vuelve un manojo de cicatrices. Alrededor de tu caja torácica se forma un callo tan grueso, que no deja que escuches ni tu propio ritmo cardiaco. ¿Cómo vivir así?

Al fin, sucumbo al hartazgo y consigo mi primer cobro: una madre soltera que había pedido un préstamo para comprarle zapatillas a su nena. La mujer acepta entre lágrimas, yo aguanto las mías; en la oficina me felicitan, incluso recibo unas palmadas en la espalda por parte del jefe. Me doy asco. Germán, mi compañero sociópata, me dedica una mirada cómplice y un pulgar hacia arriba. Él me enseñó todo lo que sé.

Capítulo 5

Han pasado meses en esta rueda en la que soy un sonámbulo más. Amenazo por teléfono a jubilados y madres solteras, de lunes a viernes en horario de oficina.

He armado mi pequeña rutina como cualquier ser funcional. Antes del trabajo, paso por una cafetería que está de camino, pido mi café con leche para llevar, le pongo media bolsita de azúcar, revuelvo y me dirijo a la Plazoleta Alem. Ahí, me ubico al lado del señor de las antigüedades, me armo un puchito y observo a la gente correr. Alterno entre el espectáculo matutino y los objetos que tengo a mis pies. Su resistencia encarnizada contra la obsolescencia me tranquiliza.

—¿Me puedo sentar acá? — Una chica se deja caer a mi lado, sin esperar respuesta. Yo me quedo mudo, por supuesto. Prefiero eso, antes que decir alguna imbecilidad. Trato de mirarla de reojo sin que se percate. Está vestida completamente de negro, unas botas desproporcionadas envuelven sus pies. Tiene un flequillo mal cortado, un montón de piercings y un tatuaje de Lisa Simpson en el brazo. El sol dibuja con una línea dorada su perfil. Tiene una nariz diminuta y boca de pez. Unos lentes enormes enmarcan sus ojos atentos, adornados con ojeras y delineador.

—¿Me convidás fuego? — Le alcanzo el encendedor y noto que mi mano tiembla. Ojalá no se haya dado cuenta. De afuera, debe ser una escena extraña. Un tipo con un traje que le queda grande, interactuando con una gótica centennial. Intercambiamos algunos comentarios básicos de small talk: me entero que empezará, ese mismo día, en el café por el que siempre paso. Finjo alegría por la noticia, ella no está muy convencida.

—Es algo transitorio, como todo. —

Me quedaría hablando para siempre, pero el deber llama; los desahuciados no soltarán sus lágrimas ni sus monedas solos. Nos saludamos, le deseo suerte en su primer día, ella hace el gesto de la pistola en la cabeza, yo me derrito por dentro.

Estamos pisando el final de la primavera; hago memoria y no me acuerdo de nada en particular. Es más, el presente mismo se ve borroso, como el paisaje cuando vas por la ruta a toda velocidad. Un linyera se pone a mear en la ventanita que da al exterior. Mis compañeros dejan lo que hacen y contemplan, incómodos, el espectáculo de la naturaleza humana. A mí me da gracia, hasta que aparece un policía. Sólo se ven las piernas de ambos; el policía lo ha agarrado por detrás y forcejean, mientras se derraman las últimas gotas de lluvia dorada. El cobani lo reduce poniéndole la rodilla en la espalda. En pantalla tenemos un primer plano del linyera semidesnudo gritando, untado en su propio meo, con la inmensa panza del oficial encima. Todos vuelven a lo suyo, la escena es demasiado penosa como para seguir

mirando. El único que sigue prendido a la programación es Germán, al que se le ve clarísimo que le excita el accionar de las fuerzas del orden. Gracias a Dios y a la Virgen que tenemos a la policía para cuidarnos.

Difícil apreciar el cambio de las estaciones cuando tu único contacto con el mundo es esa ventanita; ahora cubierta de orina espesa. Más allá del show en vivo y el excelente ambiente laboral, lo que me mantiene marcando tarjeta, obviamente, es el sueldo. Aún en negro y con muchas irregularidades, me dio la posibilidad de dejar, por fin, la pensión. Una buena dentro de tanto drama: no más baño compartido, no más peleas entre tipos tristes; ni sus silencios, que no hay nada más desolador que convivir rodeado de hombres solos y derrotados.

Encontré un departamento diminuto cerca de la oficina. Se encuentra en uno de esos edificios viejos, cuyos ascensores ponen a prueba tu ateísmo. Desde la ventana pueden contemplarse manojos de cables y árboles torcidos, que ocultan el transcurrir de la vida en decenas de jaulas idénticas.

Los fines de semana trato de pasar a chequear a mi vieja. La encuentro, sin falta, arrinconada en el sofá, en diálogo constante con la televisión. El polvo se hace dueño de cada rincón, la pintura de las paredes cae a pedazos, noticias de robos y publicidades de medicamentos llenan el ambiente. Me aseguro que esté comiendo bien, que la señora que la atiende no falte. Limpio

lo que puedo y le doy algo de charla que ella ignora o contesta con monosílabos.

Mi vieja me dio todo y yo me escapé a la primera oportunidad. Estaba harto del control que ejercía sobre mi vida. Lidié con los reclamos de familiares que me pedían darle un lugar, pero no hice caso. No sólo me fui, sino que también dejé de responder sus mensajes.

Con el tiempo, entendí que esa era la forma que había encontrado para demostrarme cariño. Cada uno se las arregla como puede para criar a otro ser humano, y ella, además, lo había hecho sola. Siendo madre soltera se abrió paso en la vida, escaló posiciones, tuvo gente a cargo. Trabajó sin parar y lo único que consiguió fue una jubilación que alcanza, con suerte, para subsistir. Yo era lo único que la mantenía presente y le di la espalda. Mi mamá se hundió en una depresión de la que nunca pudo salir. Ahora nuestra relación es esto: las mismas preguntas, las mismas respuestas, el mismo ruido de fondo, el mismo rencor, la misma culpa.

Más allá del cansancio que acumulo, no duermo por las noches. Las paredes son finas como el papel y mi vecino parece tener insomnio. El murmullo de su televisor llega indefinido y hace que me retuerza entre las sábanas. Los espasmos internos del edificio ayudan a distraerme. Me entretengo imaginando mensajes cifrados, dirigidos a las torres vecinas. Las luces que se prenden y apagan son guiños de complicidad, los golpecitos

en la cañería son el código morse edilicio que usan para quejarse de nosotros, los parásitos que habitamos en sus entrañas.

Deambulo por el departamento, me resisto a caer en el reflejo de abrir la heladera; dentro voy a encontrar el mismo limón marchito y los mismos condimentos estrujados.

Me la he pasado ignorando los mensajes de los pocos amigos que me quedan. No tengo la fortaleza necesaria para sostenerle la mirada a nadie. Cuando se ponen insistentes, invento alguna excusa para que me dejen en paz, rogando para mis adentros que no lo hagan, porque ya conozco este pozo en el que me estoy metiendo.

Cuando no estoy cagando gente, ocupo mi tiempo scrolleando en Instagram, esperando que algo de esa felicidad fingida me entre por los ojos y se derrame en mi organismo. También gasto mis horas en la enriquecedora tarea de tomar mate y mirar por la ventana. No me detengo en nada en particular, sólo aprecio el cambio de las sombras en el hormiguero.

Es lunes y camino mirando mis zapatos. Ignoro, una vez más, el paisaje podrido. Autómatas hablando por celular, fumando cigarrillos industriales, desconfiando unos de otros. La fila que espera la apertura del banco es sospechosamente larga, la gente murmura disconformidad y mastica bronca. Las suelas retumban monótonas en la baldosa y, de fondo, sigue la sinfonía de acordes disonantes, marcando la psicosis de la hora pico.

Cruzo la puerta de vidrio y me zambullo en el silencio mortuorio de la oficina. Mis piernas flaquean como hacen siempre en este punto y yo, en lugar de salir corriendo, que es lo que dicta cada partícula de mi cuerpo, respiro profundo, saludo al guardia, y bajo al inframundo; a seguir llenando el purgatorio de almas sin liquidez.

La compu está lista para empezar, es cuestión de presionar el enter para iniciar la jornada (qué productividad). Los deudores van quedando atrás con el correr de la mañana. Ponen excusas, protestan, se desesperan; me putean más que de costumbre, y siempre con razón. Noto que los motivos por los que se piden préstamos han cambiado considerablemente: al principio solían ser para cubrir algún imprevisto como arreglar el auto o el lavarropa; ahora abundan los casos en los que la gente se endeuda para poder pagar el aumento grotesco del gas y la luz. En el super vi gente tarjeteando la comida, pero esto me parece demasiado.

Es un día como cualquier otro. Nada se sale del libreto, hasta que me toca llamar a Ernesto.

—¿Qué clase de nombre de mierda es Andrés García? ¿Te pensás que soy pelotudo? — Atrás se escucha música y parece, por el ruido, que está trabajando. Modo zen mediante, comienzo a mencionarle las facilidades de pago y lo que puede pasar si no empieza a cancelar sus cuotas cuanto antes. Parece no escucharme hasta que me hace callar y me dice, palabras más

palabras menos, que no piensa pagar ni un peso y que me deje de romper los huevos.

—Mirá Andrés García, si de verdad te llamás así. — Pronuncia mi nombre con asco. —Justo llamaste en el momento indicado. Ahora mismo, estoy armando mi patíbulo casero: un banquito y una soga. Estoy harto de las lacras como vos, que miran una obra de arte y piensan en el precio. Hoy decido terminar con mi vida. ¿Vos, Andrés García, sos siquiera dueño de la tuya? — No me esperaba este golpe.

El banquito da contra el suelo. Forcejeos, espasmos y, de fondo, las inconfundibles cajas registradoras del inicio de «Money», de Pink Floyd. Quedo helado, incapaz de dimensionar la ironía de lo que está pasando. Reacciono golpeando la mesa, gritando palabras sueltas. No hay nada que hacer; otro cuerpo exhausto que ha optado por convertirse en péndulo.

Mis compañeros me rodean, susurran entre ellos a mi espalda, incluso hay alguien que hace un chiste. Yo todavía con el teléfono en el oído, es surreal lo que oigo. Por el auricular trepa la voz de Roger Waters, como desde otra dimensión:

«Get a good job with good pay and you´re okay.»

Cuelgo y me abro paso entre los curiosos. El jefe me grita algo antes que desaparezca escaleras arriba. De repente, me encuentro en un banquito de la Plaza España. No sé cómo he llegado acá. La corbata me aprieta más de lo habitual. La aflojo,

pero sigo teniendo dificultades para respirar. La única solución que encuentro es largarme a llorar. Me deshago en lágrimas como un nene, abrazo mis piernas y mancho mi pantalón con mocos. Lloro esperando que mágicamente surja mi mamá, la de antes no la de ahora, y me diga que todo va a estar bien. Ella no aparece; lo único que encuentro son los ojos muertos de los transeúntes, y su incomodidad por mi demostración en la vía pública. Nadie se detiene a preguntarme qué es lo que me pasó

Capítulo 6

Hace una semana que estoy en la cama, hago esfuerzos inhumanos para llegar al baño y lo único que estoy comiendo es arroz y huevo duro. Mi celular vibra cada tanto, pero no tengo intenciones de revisarlo. El último mensaje que vi fue el que me mandaron de la oficina. En él me comunicaban la desafectación a la empresa. También lamentaban mi falta de profesionalismo y se excusaban en su accionar, con un tono que hacía parecer que comprendían la gravedad de la situación.

La quietud de otra siesta despiadada asoma en el centro, cuando alguien toca mi puerta. Más bien parece que la va a tirar abajo. La mirilla me muestra la imagen distorsionada del Gordo. Se queda un cuarto de hora golpeando y gritando mi nombre. No hay manera de ignorarlo, me rindo y lo hago pasar.

Espero reproches, preguntas sobre mi ausencia en ese trabajo en el que pagan mejor, que tiene horario más conveniente, que queda más cerca, etcétera. Nada de eso. Totalmente callado, pasa y pone la pava en el fuego. Mientras el agua hierve, ordena lo que encuentra a su paso. Acto seguido, abre las cortinas y la luz avasalla la cocinita.

El Gordo siempre da sin pedir nada a cambio. Se desvive por aquellos a los que cree dignos de su amistad. Lo conozco de

chico, de cuando vagabundeábamos por el barrio sin nada en el bolsillo. Matábamos el tiempo trepando árboles, jugando a la pelota con dos ladrillos que hacían de arco; hasta nos cagamos a trompadas alguna que otra vez. De grandes salíamos todos los fines de semana y nos drogábamos con lo que fuera. Con el tiempo, la vida adulta fue calando en nuestros huesos y las salidas se redujeron, hasta desaparecer. Ahora nos conformamos con tomar algo cada tanto y recordar los viejos tiempos.

Seguimos en plan de ignorar mi explícita depresión. Me cuenta algunos pormenores del trayecto hasta mi departamento, que se cruzó a no-sé-quién que está hecho mierda, que la Colón está cortada, que parece que va a llover. Mientras articula las frases, noto que algo no está bien con él; su mirada cansada, y un poco perdida, me lo insinúa. Sigue comentando cosas sin relevancia: que tal se hizo manso tatú, el drama de un amigo suyo que se fue a España sin papeles, otro que se está llenando de guita cosechando porro en California.

—La vecina está riquísima. — Desliza cómplice, señalando hacia la pared que compartimos.
—No la he visto. No he visto a ningún vecino. — La existencia de esas personas me es indiferente, como lo son para el muerto los restos que yacen en las tumbas contiguas.

De a poco me va atrapando en su verborragia de lo tangible. Me doy cuenta que necesitaba una voz que me contara cosas cotidianas. Con el Gordo en la misma habitación, cebándome

mates y hablando de la guita que perdió en el póker de ayer, teniendo pierna de ases, hasta consigo esbozar una sonrisa.

—¿Estás mejor? — No sé cómo hace, tiene la capacidad de hacer que el problema más grave parezca gracioso. Digo que sí con la cabeza y el ruido del mate respalda mi gesto. Él me mira fijo, como hace siempre que quiere una respuesta elaborada.
—¿No te pasa que te ves a vos mismo como en tercera persona, y te das cuenta que todo lo que hacés no es más que algo preestablecido; un camino ya señalado por alguien más? —
—¿El destino decís? —
—No, eso no. Tengo la sensación de que alguien ya decidió por mí lo que yo creo que elijo hacer. O mejor, mientras yo creo tomar decisiones, hay alguien que ha seleccionado las opciones de las que dispongo. No sé si me entendés. —
—Vos siempre fuiste más profundo que yo, hermano. Yo también me harto a veces, pero no queda otra, supongo. —
—Sí, yo sé. Igual no hablo del trabajo solamente. Hablo de todo momento: en cómo te vestís, como hablás, como pensás; alguien ya decidió por vos. —
—No sé si te entiendo. —

Le resumo la historia que me llevó al colapso. No sé qué tiene que ver una cosa con otra, pero acá estoy escupiendo cada suceso como si fueran partes de una peli que falta ser montada. Es la primera vez que lo saco de mi organismo y me siento liviano; voy soltando las piedras que me empujaban hacia el fondo. Nado a la superficie a encontrarme con mi amigo, con sus mates y su

inmensa paz de montaña. No busco hacerme entender, sólo necesito sacarlo.

Espero unos segundos para oír su respuesta. Medita despacio, la dibuja en su mente, corrige con presteza cada arista, la reformula miles de veces.

—Vos decís que todo lo que has hecho ha sido señalado por algo o alguien, ¿no? Bueno, ¿y cuándo has sentido que decidiste vos? Alguna vez tiene que haber. — La pregunta parece simple, pero tengo que considerarla unos segundos. Algo me había dicho Ernesto antes de ahorcarse. En efecto, mi vida no me pertenece en lo más mínimo. Es tan mía como suyo era el dinero que pidió prestado.
—Cuando le reventé el parabrisas al viejo ortiva. —
—Claro, bueno, ¿y cómo te sentiste después de eso? —
—Creo que me sentí pleno, no sé… extasiado. Hasta me parece poético, ahora que lo pienso. —
—Y yo creo que tenés que buscar eso. Esos instantes en los que tomás vos tus decisiones; no importa si son para hacer giladas. Tratá de tener cuidado, no más. —
—De una, tiene sentido, voy a tratar de llevarlo a la práctica… Ahora te toca a vos. Contame qué te pasa. —

No se sorprende de mi sacada de ficha; entre los dos se ha instalado esa telepatía propia de quienes han vivido muchas cosas juntos. Me relata lo que le pasó en el trabajo. Él es técnico de Directv, hace las instalaciones y revisa cuando hay problemas

de señal o cosas por el estilo. Suele aburrirme exponencialmente cuando me cuenta, pero ahora he sido yo quien preguntó.

Hoy había tenido un día tranquilo, me dice. Había instalado algunos módems, revisado conexiones en techos, lo normal. Venía relajado, acabando la jornada con tiempo de sobra. En este punto se le ensombrece la cara.

—Todo iba bien hasta que fui a la casa de la vieja rica. — Se pone interesante la cosa. —No sabés lo que era, broder. Era la típica MILF con plata: rubia, extensiones, gomas, uñas, todo el pack. Estaba vestida con ropa deportiva, riquísima. Pero yo no le hago caso, no me pinta joder con el laburo. Soy un profesional, vos sabés como soy, si tengo que decir que n... —
—Gordo… — Lo interrumpo porque si no, la anécdota termina en cualquier parte.
—Okey, okey, no digás más. Bueno, resulta que llego a la casa: una mansión de ese barrio que está cerca de Palmares, no me acuerdo el nombre. Ese que fuimos una vuelta con la Pauli, que había un cumpleaños o algo así… —
—Gordo, dale… —
—Bueno, bueno, está bien. Como decía, llegué y ya estaba en la puerta esperandomé. No sabés cómo me miraba, posta. Estaba con una calza rosada y una copa de vino, imaginate. En la otra mano sostenía un caniche todo lookeado. —
—Claro, parte del pack. —
—Tal cual. Bueno, paso a la mansión, cruzamos un living inmenso, con un ventanal a la pileta; todo muy high society.

Mármol, cristal, esas lámparas enormes que cuelgan del techo, ¿cómo se llaman? —

—Arañas. —

—¿Arañas? Okey, si vos decís. Bueno, en ese interín, entre la puerta y el módem, la mina ya me había ofrecido una copa de vino y me hizo entender que el marido estaba de viaje. —

—Ah, listo. —

—Ya quería la vieja, sí, pero yo soy un profesional, hermano, vos sabés. Le rechazo la copa de vino, no pintaba, hoy es lunes, qué sé yo. A parte, me estaba cagando encima y qué sé yo, no daba. A lo del marido le pregunto qué onda, sólo para joder. Me dice que está de viaje de negocios, que es un empresario de la minería, que siempre se la pasa sola y que se aburre, me dice. Yo no sé para qué me metí en esa. Me cuenta eso y yo, todo encarpado, me pongo con el módem para distraerme. Era una boludez lo que había que hacer, la hice más larga a propósito, lo admito. Termino, acomodo todo, ella sigue contando sobre sus clases de pilates, de yoga, repite que se aburre cuando está sola; yo no lo podía creer. Tenía unos quince minutos de sobra. Yo soy un profesional, hermano, pero también soy humano, y hombre, sobre todo. Y hacía como seis meses que no la ponía. —

—Pará, si lo decís en pasado quiere decir que… —

—Sí, amigo. En el medio del living. Dejame decirte que me sobraron doce minutos. Se re calentó la vieja porque, además, acabé en la alfombra y el caniche se volvió loco y lo empezó a lamer, un asco. Me gritaba que le tendría que haber acabado adentro, imaginate. O sea, ¿QUÉ DICE SEÑORA? Yo me hice

el boludo y le pedí el baño para limpiarme. NO SABÉS QUÉ BAÑO HERMOSO, HERMANO. Y yo, que me cagaba desde la hora de la comida, no aguanté. —

—Noooooo, Gordo culiado. —

—No sabés qué placer. Qué hermoso es cagar en el baño de los ricos. Imaginate que disfruté más eso que el polvo. —

—Jajjjajja no lo puedo creer. —

—Bueno, pará, porque hay más. Termino con el trámite, un olor horrible dejé, echo un ambientador para disimularla y queda un olor a mierda con flores silvestres. Salgo, cierro rápido y en el living hay un tipo. —

—¿El marido? —

—No, no sé quién verga era, pero el marido no. Era de nuestra edad, más o menos. Y me señala y me dice «¿vos qué hacés acá?» «vine a ver el módem», le digo. Me ignora, va con la vieja, le empieza a gritar. —

—¿Era el hijo? —

—Puede ser, qué sé yo. El tema es que estaba sacado, y llamaba al marido. Me tomé el palo apenas se distrajo. Agarré la camioneta y me fui a la mierda. —

—Bueno, pero al menos la pusiste Gordo, bien ahí. —

—No es gracioso. —

—Tenés que admitir que es bastante gracioso. —

No le da gracia, está más bien preocupado. Parece que se comunicaron con Directv, apenas él se fue, y vaya a saber qué dijeron. Un rato después, le llegó el mensaje de su superior:

«Mañana quiero hablar con vos antes que salgas a la ruta».

La cosa no pintaba bien. No sabía qué hacer para distraerse y me vino a buscar, sin saber que yo estaba en una. Nos reímos de nuestra desgracia y decidimos cambiar el mate por algo más fuerte. No encontramos nada en mis treinta metros cuadrados, así que bajamos a comprar al chino. Después de algunas vueltas, elegimos la bebida blanca de más dudosa procedencia, unos jugos para la mezcla, y encaramos de nuevo hacia la cueva.

El vodka, mientras más venenoso, más apariencia rusa tiene. No importa si fue fraccionado en el mismísimo infierno o en Paraguay, tendrá un nombre ruso arquetípico y, los más osados, harán gala de algún símbolo de la Unión Soviética. Apenas abrimos el brebaje, su aroma descongestiona mi adormecido aparato respiratorio. Al bajar, quema mi garganta y le da una patada a mi estómago vacío. Devuelvo el primer trago en la vereda, a los pies de una señora de animal print y tacos. Su asco superlativo me da nueva vida; me siento poderoso, por encima de las leyes que rigen a los mortales.

Es una merienda turbia. El microclima dentro del microdepto está viciado por el humo de cigarrillo; la ventana abierta de par en par no termina de ventilar la nube gris. Una detrás de la otra, las colillas van colmando un cenicero improvisado. Comienza a oscurecer cuando el vodka va llegando a su final. Yo no me he parado en todo el trayecto etílico y sé que los pocos hilos que me

mantienen en este plano se cortarán al momento que me despegue de la silla.

Tomamos en silencio, cada uno masticando sus problemas. El ambiente nocivo y la reaparición de la incertidumbre llenan de saliva mi boca. Llego al baño aferrándome a las paredes. Un nuevo vómito, color mostaza éste, aterriza al lado del inodoro. El suelo se convierte en lecho, las paredes giran con cada pestañeo. Nado en bilis hasta perderme en el sueño oscilante de los borrachos.

Al día siguiente, no pasa nada que no fuera esperable. Me despierto con un taladro ruso-guaraní clavándose detrás de mi ojo, el brazo dormido y la nariz silbante. Espero que mi alcohol en sangre mate a los mosquitos culiados que me han estado picoteando toda la noche.

Despego, una a una, las vértebras del suelo. El sol de la mañana ilumina parte de la huella que ha dejado mi cuerpo en el vómito ya seco. Un surco atraviesa mi cara, producto de una junta en el cerámico, que me ha servido de almohada, y me hace parecer, desde cierto ángulo, uno de esos personajes distópicos que han visto la devastación y no pueden quitársela del gesto. En el momento en que el agua toca mi rostro, todo pensamiento cesa. El tiempo se detiene y no hay rastros del vibrar encefálico. Encuentro mi cara de siempre, acompañada por finas gotas que se desprenden hacia el lavamanos. Parece que es la primera vez que me veo, me detengo en cada signo de impermanencia. Rozo

despacio los pliegues hasta que llego al negro de mis pupilas. Mis ojos se escarban a sí mismos, buscando algún indicio de vidas pasadas, cuyos traumas justifiquen esta mirada muerta.
El rumor de tazas y platos me saca de mis ideas. Escucho al Gordo tarareando «Mañana en el Abasto», mientras prepara el desayuno.

—No pude hacer gran cosa. No tenés ni huevos, bro. —

Aferro el café con leche como si mi vida dependiera de ello y recibo su calor, dejándome ir por las ramas de la ventana. El sol atraviesa las hojas y una leve brisa mueve la escena con cuidado. La rutina trepa desde la calle y llena nuestro silencio. El Gordo mastica sus cereales, totalmente abstraído. Afuera todo sigue igual.

—Tenés la cara distinta. Distinta bien igual, mejor que ayer por lo menos— Me dice con la boca llena de pan.
—Me siento distinto… Che, Gordo, ¿vos creés en las vidas pasadas? —
—Hmmm… no me he puesto a pensar mucho en eso. Tenía una novia que me hablaba de eso; siempre decía que las almas gemelas, o lo que sea, se encuentran en la vida siguiente, o algo así. ¿Por qué preguntás? —
—No, por nada. Es que se me ocurrió una boludez, más temprano. Igual yo no creo en eso. Pero hay veces que me cuesta pensar que sólo es esto. — Hago un gesto para abarcar todo lo que nos rodea.

—Es muy temprano para que te pongas así. —
—Sí, tenés razón. No me hagás caso. —
—Yo pienso que la gente cree eso para estar tranquila, no más. Todos necesitamos creer en algo. Si no se hace insoportable. —
—¿Qué vas a hacer con lo del laburo? —
—Nada, esperar que no me echen. —
—¿Y si te echan? —
—Y si me echan… lo primero que haría es hacerle una maldad a la vieja culiada esa. —

Como todos los humanos, el Gordo posee defectos. Para encontrarlos hay que saber hurgar. Siempre las mismas actitudes, siempre los mismos límites. Uno de esos defectos es el de siempre hablar y nunca hacer. Está condenado a ese espiral de queja y frustración al que estamos atados la mayoría, pero en él se nota mucho más por sus declaraciones inflexibles, que nunca llegan a concretarse. Nunca dejará ese trabajo que odia, nunca irá al sur de mochilero, como viene diciendo desde que salimos de la secundaria. Nunca le hará ninguna maldad a ninguna vieja.

—Los dos sabemos que no vas a hacer nada. — Comento y espero, atento, su reacción. Está concentrado en un punto de la pared y mi comentario no genera el mínimo cambio en su rostro.
—Espero que no me echen… —

Se va poco después de terminar el desayuno. Antes de cerrar la puerta, le grito por el pasillo que todo estará bien. Él sonríe sin ganas. El rumor de los autos se hace más notorio con su

ausencia. La luz atraviesa las cortinas tiñendo el piso de un dorado que da calma. Muevo algunos muebles y me concentro en el aseo. De esta manera estiro, todo lo posible, el irremediable encuentro conmigo.

Capítulo 7

Con lo que alcancé a ahorrar puedo vivir austeramente por dos, quizás tres meses. En una economía como ésta debería ponerme a buscar trabajo de inmediato, pero no tengo fuerzas.

Tengo no sé cuántos mensajes sin leer y seguirán así. Entro a Instagram y me asaltan las fotos de la gente que se recibe. Ha llegado esa época del año. Sonríen con los ojos muertos, embadurnados de harina y huevos. Sostienen el típico cartel, posan con un vino en cartón. Hasta los festejos están homogeneizados, a nadie se le cae una idea de nada. Estos especímenes que no han pensado nunca por fuera de la caja, ahora tienen un papel enmarcado que los convierte en profesionales de un sistema roto. Perseguirán objetivos ajenos, recibirán palmadas en la cabeza. Se irán convirtiendo en monotemáticos, cada uno de lo suyo, y lanzarán comentarios apaciguadores para evitar la confrontación. Soñarán todo el año con su viaje al Caribe, con emborracharse hasta la idiotez en el paraíso y, sobre todo, experimentar el poder de tener personas a su servicio.

Decido postergar la búsqueda hasta mañana. Me baño y salgo a dar una vuelta. Es martes al mediodía, el centro bulle entre salidas de colegio y puteadas en semáforos. Me parece

que la gente está más frenética que de costumbre, pero debo ser yo, que vengo de mi retiro atemporal.

Tengo la esperanza de encontrarme al de las antigüedades, pero no hay suerte. La sombra del árbol donde suele ubicarse está resguardando a un borracho desmayado. Quedo recalculando en la esquina, no me esperaba esto. Mi cara de desconcierto llama la atención de la gótica de la otra vez. Está batallando sola contra las exigencias de los clientes, en el café que antes frecuentaba. Deja una birra en una mesa, se ríe obligada de algo que dice el cliente, se acerca y me sonríe. A su espalda, el viejo le mira el culo, se relame y busca complicidad en sus compañeros de mesa.

—Hey, hola… tanto tiempo. —
—¿Cómo estás? ¿Qué tal va el trabajo? —
—Bien, cansada de triunfar… — Levanta una ceja, revolea los ojos; ahorcame si no te sirvo, reina. —Pero no importa, ¿vos estás bien? Te noto un poco caído. ¿Querés tomar un café? Yo invito. Me sirve que ocupes una mesa; un viejo pajín menos para atender. —

Dudo por unos segundos, pero ¿qué voy a hacer si no? Me acomodo en una mesa que está al lado del baño. Aun pasando ininterrumpidamente por meses, nunca le presté mayor atención al lugar. La fachada es de ladrillo visto y está adornada por miles de macetitas. Hay sillones y muebles antiguos, pintados de colores chillones, y un montón de adornos diversos colgados en las

paredes. La gótica aparece con un café con leche y unas galletitas; vuelve a sonreír al dejarlo. Esa sonrisa se nota que es verdadera.

El café está bien, pero me transporta a mis días de sonámbulo. Me dedico a verla: no anota pedidos, avanza entre las mesas sin tocar el suelo. Sus ojeras sugieren insomnio y pesadillas; al mismo tiempo, el brillo en sus ojos es de quien ve por primera vez. Medirá, como mucho con las botas, metro sesenta, pero tiene una presencia que deja callado hasta al borracho más elocuente.

Voy a decir algo que quizás no sea ninguna revelación, pero no se me da bien el tema mujeres. Si tengo que tomar la iniciativa yo, está todo perdido de entrada. Mi confianza se va perdiendo entre frases forzadas e intentos estériles. La charla se vuelve incómoda y la piba empieza a mirar a los costados en busca de ayuda. Con el tiempo, decidí dejar de intentarlo.

Distinto es si me vienen a hablar primero. Si bien es raro, esto pasa de vez en cuando. Me han dicho que es por mi 'aire misterioso'. Si supieran que, en verdad, mi cerebro se queda en blanco y evito hablar para no decir pelotudeces. En definitiva, soy el del meme que dice «cuando el flaco es tan lento que tenés que tomar la iniciativa», que sale una piba alzando a uno contra la pared. No me molesta ser ese, es algo que ya tengo incorporado. Dejo algo de propina bajo el plato y trato de escabullirme sin que me vea, pero nos cruzamos en la puerta.

—¿Ya te vas? ¿Mejoró un poco la cosa? —
—Sí, la verdad que sí. —
—Yo ya estoy por salir, ¿me querés esperar? —
—Bueno, dale. —

Caminamos en dirección a Plaza Italia, por donde vive. Esquiva las grietas de la vereda dando pequeños saltitos. Llena el silencio contandome que va a dormir una siesta, comer algo y volver al café para el turno de la tarde. También menciona que le gusta dibujar, que está ahorrando para comprarse una máquina de tatuajes, que su jefe es un pajero, que estudia filosofía, que está pensando en abandonar.

Frena en una esquina y me planta un beso en el cachete; hasta ahí llega mi compañía. Junto fuerzas y la invito a tomar un vino, mientras esperamos que el semáforo le dé el paso.

—Si querés me podés mostrar tus dibujos, no sé. —
—¿Estás seguro? Mirá que tengo un montón. —
—Mejor, así puedo ver si tenés algún trastorno mental. —
—Tengo un montón también. — Antes de que se vaya me avivo en preguntarle el nombre. —Zoe ¿Y el tuyo? —
—Andy me llamo. Che, Zoe… gracias por aquello. No sabía que lo necesitaba hasta que lo tuve enfrente. —
—¿Un café con leche? — Me mira divertida.
—Que me preguntaran cómo estoy. —
—Chau Andy, nos vemos otro día. —

Cruza la calle y se pierde por Montevideo. Yo quedo flotando bajo la fresca sombra de las tipas. Me gustan estos árboles, parecen rayos negros ascendiendo al cielo. El aleteo de una paloma me saca del trance. A mi alrededor, cientos de androides pululan dentro de la misma coreografía insípida. Le escribo al Gordo para ver si ya sabe algo de lo suyo, le hablo al Chino para hacer alguna. Me siento a esperar alguna respuesta. Hoy parece que el día me sonríe.

Capítulo 8

El Chino andaba haciendo trámites por el centro, así que nos juntamos a tomar unas birras en un kiosquito de mala muerte al que suele ir.

—Acá tienen alta promo. — Había dicho él para convencerme. La misma constaba de dos Quilmes de litro a un precio coherente.

Charlamos un poco mientras nos va entrando la desinhibición de la cerveza. Estoy de buen humor; el cielo muta entre los árboles y mi amigo no para de hacerme reír. Con el Chino es así: anécdotas de salidas, encuentros amorosos borroneados por el alcohol y chismes sobre la actualidad de nuestros conocidos. Puedo pasar horas escuchando.

Nos vemos muy de vez en cuando debido a sus horarios de pibe bien. Entre su trabajo, en el cual se sobre exige para «tener un buen pasar», como dice él, y su novia de toda la vida, que le llena la agenda con todo tipo de eventos sociales, casi que no tiene tiempo. Aprovecho cada vez que coincidimos porque sé que pueden pasar semanas, incluso meses, para encontrarnos nuevamente.

La segunda promo puede advertirse en nuestra manera de arrastrar las erres y en el volumen que ha tomado la charla. Dejo de prestarle atención y saco el teléfono para ver qué dice el Gordo. «Me echaron» Es el mensaje que tengo de él.

Llamo una vez, llamo otra, no contesta. Insisto hasta que del otro lado tengo su voz apagada y lo obligo a venir con nosotros. Después de un par de negativas, se lo piensa mejor y, a la media hora, está acomodando una silla en nuestra mesa. Está derrotado; la espalda inmensa echada hacia adelante, mira sus zapatillas como un zombie.

—Gordo, lo siento mucho, hermano. Voy a preguntar a mis conocidos, seguro aparece algo. No te hagás problema. — Trata de calmarlo el Chino. Yo le lleno el vaso, mientras él se acomoda.

De a poco va perdiendo la amargura, hasta nos deleita con una de sus carcajadas típicas, que son más graciosas que el chiste en sí. Nos agradece y seguimos recordando épocas más simples.
—Bueno, ¿y la maldad a la vieja? —
—¿Qué vieja? ¿Qué maldad? — Se interesa el Chino. El Gordo se pone a contar la historia otra vez, yo trato de ocultar la gracia que me da. Al final, se pone sombrío.
—Llamó diciendo que me había aprovechado de ella. — Nos quedamos mudos. El Chino le pregunta qué quería decir con hacerle una maldad.

—Nada, que el Andy me agita para hacerle alguna. —
—El Andy no más te agita a que hagás lo que dijiste que ibas a hacer. Además, se lo merece la vieja culiada. — Me defiendo.
—Sí, sí, ya sé. Igual no sé qué querés que te diga. —
—Que le hagamos alguna. No puede ser que salga intacta. —
—Bueno, intacta, intacta, no quedó. — Es muy pronto para el chiste del Chino, el Gordo lo ignora, yo le reconozco su gracia sin que el otro se dé cuenta.
—Ya fue la boluda esa. —
—Podemos pintarle la casa con aerosol, o el auto… —
—Bah, malísimo. —
—Bueno no sé, dejame pensar. No suelo hacer maldades todos los días. —
—Che… y si le arrancan la antena de la tele. Tiene más sentido que esas boludeces que decís, Andrés. —
—Pero no se soluciona nada con eso. — Reclama el Gordo.
—No, es verdad, pero al menos que sepa que no la sacó gratis. Además, por cómo son los chetos, seguro se hace la cabeza y termina paranoiqueando en su casa. —

Sabido es que el Chino no participará, no hay que ni preguntar. Sin embargo, su proposición no es mala. Tiene razón en que, lo que hagamos, tiene que tener relación con el incidente, y a partir de ahí que sea todo juego psicológico de ella. Hay unos segundos de silencio, la idea flota en el aire y el Gordo parece considerarla. Yo estoy al borde de la silla, atento a lo que dirá.

—Bueno, ya fue, hagamosló. —

Pedimos otra promo para celebrar; la tercera, quizás la cuarta. El Chino se caga de risa con los aspectos técnicos de nuestra aventura, el Gordo empieza a mostrar entusiasmo con la venganza y yo, bueno, yo estoy feliz porque veo a mi amigo enderezado y riendo, cumpliendo por fin con alguna de las cosas que se propuso. Por más que sea la más boluda de todas; por algo se empieza, supongo.

Al rato, una vez terminada la tertulia, vamos con el Gordo en su auto. Él maneja en silencio, mientras yo busco algo para escuchar en la radio. Las luces en el tablero se difuminan al igual que las luminarias del acceso Sur. Renuncio a la tarea de musicalizar; el silencio es el mejor compañero en momentos como éste. Vamos a pasar por su casa, de camino a lo de la vieja, para buscar lo que necesitamos.

Me siento horrible; los últimos vestigios de cerveza se están desvaneciendo y con ellos, la determinación hacia esta venganza que no me pertenece. Ya es tarde para volver atrás.

Cuando llegamos a lo del Gordo, el celeste había empezado su descomposición. Un fondo violáceo, con retazos anaranjados y salmón, lo reemplaza. En las calles reina una calma atípica; parece que el mundo ha decidido no interponerse en nuestro camino. Los nervios van creciendo, contrastando con la quietud del paisaje.

Aparece en el living vestido de negro, listo para la acción. También lleva su caja de herramientas, la deja en el suelo y revisa que todo esté donde corresponde.

—¿Vas a llevar todo eso? —
—Sí. ¿Cómo querés hacer, si no? —
—Y… no sé. Yo pensaba darle con un palo o algo así. —
—¿Qué? Manso quilombo. Lo mejor es sacarla en silencio. Después vemos qué hacemos con la gilada. — Estoy de acuerdo con él. A fin de cuentas, estamos en su elemento.

Retomamos la ruta, estamos ready para el vandalismo. La noche se cierra sobre nosotros y nos camufla en sus entrañas. Nos estamos acercando y los comentarios son cada vez más espaciados. El Gordo está aferrado al volante y maneja más despacio de lo normal. Relojeamos los rostros anónimos que enfoca la ventanilla, todo tranquilo.

El motor para y el silencio es de piedra. Mi amigo señala una mansión de ventanales inmensos que resalta en la cuadra. Un portón corredizo se abre y deja pasar una camioneta del futuro. Permanecemos expectantes, atentos a cualquier movimiento de las cercanías. Nada. Un último chequeo a las herramientas y descendemos cerrando las puertas al unísono.

El barrio es de gente con mucha plata, pero no es privado. Las calles de ripio están cortadas por vallas, obligando a los conductores a bajar la velocidad y zigzaguear. Hay unos pocos

puestos de seguridad, cada uno con su guardia correspondiente. Se la pasan mirando la tele y salen a hacer ronda, cada tanto, para justificar el sueldo.

—¿Estamos seguros de hacer esto? — Es la pregunta que me sale, mientras mi compañero corta el alambrado con una pinza. Cruzamos el punto de no retorno.
—Si querés esperame en el auto, no hay drama. —
—Ni a palos, hermano. —

En unos segundos ya estamos dentro del jardín. La casa está a unos metros, en el living danza la luz de la pantalla. Una cabecita rubia se asoma sobre el respaldo del sillón, esa debe ser la MILF. Bordeamos la casa y un cantero nos sirve de escalera. Accedemos al techo sin mayor esfuerzo. Ocultos por la noche y la altura, nos distendemos un poco. El Gordo se dispone metódicamente a desarmar el pequeño satélite y yo me quedo atento a cualquier movimiento.

La luna ilumina el patio, su reflejo ondea en el agua de la pileta. Lo único que se escucha es el golpe amortiguado de tuercas y tornillos que dan contra la membrana metálica. Encontramos un rincón para sentarnos sin peligro de ser vistos. Nos quedamos apreciando el negro del cielo unos minutos. La intermitencia en las ventanas del barrio es cada vez menor. Un Jeep avanza a paso de hombre, buscando la respectiva cochera para descansar. La jornada va extinguiéndose de a poco, mi amigo prende un porro enorme y el humo se desvanece en las alturas.

—¿Qué vamos a hacer? —
—Primero, relajar un toque. Después no sé, ¿vos decís que la dejemos acá? —
—No sé, por eso te pregunto. —
—Y… es la más fácil, igual siento gusto a poco. —
—¿Qué decís? —
—No sé, pasa que lo van a arreglar tan rápido que siento que es todo al pedo. —

Un avión pasa lentamente sobre nuestras cabezas, la sirena de una ambulancia llega desde lejos. La montaña se funde en el cielo, las luces de los refugios parecen estrellas cercanas. Hace mucho que no fumo y el humo me patea el pecho, haciendo que tosa hasta ahogarme. Tiene razón, yo también pensé que esto era al pedo; no había dicho nada para no pincharle el globo.

—Al final, me voy para España… —
—¿Qué? —
—La Pauli está re instalada allá. Me voy a casar con ella para los papeles. Voy a comprar el pasaje con lo que ahorré y chau. —
—¿Cuándo pensás irte? —
—No sé, lo antes posible. Acá no me queda nada… —

No soy capaz de responder, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, me pone feliz por mi amigo y, por otro, me carcome la tristeza de ver a la gente que quiero, tener que cruzar miles de kilómetros en busca de lo que acá no pueden conseguir. No es justo. Me siento sobrepasado, exhausto y, sobre todo, asustado

porque estoy cada vez más solo. La impotencia se convierte en ataque de ira. Me levanto de un salto y me dirijo a toda velocidad hacia el cadáver metálico. Es más pesado de lo que pensé. Miro hacia todos lados, buscando un posible desenlace y, entonces, lo veo claro.

Nunca voy a olvidarme del horror que se apoderó de la cara del Gordo cuando levanté la antena sobre mi cabeza y la lancé al vacío.

El golpe en la chapa del capó me dispara la dopamina por el cielo. La alarma de la nave chilla y nos invita a la retirada. Bajamos en tiempo récord, mientras el patio es iluminado a nuestras espaldas. Llegamos al auto sin ser vistos y partimos antes que la gente salga a buscar la razón de tanto quilombo.

Saliendo del barrio estamos eufóricos; gritamos y lloramos de la risa, como dos desquiciados. Andamos un rato más y en una calle oscura, ya fuera de peligro, nos relajamos y ponemos algo de música. La adrenalina nos quitó el efecto del porro, así que prendemos la tuca y hacemos submarino.

—Todo va a estar bien, amigo. — Le digo, una vez más, entre risas y toses, y me hundo en el asiento. Estoy satisfecho, no sé bien con qué, pero lo estoy.

Capítulo 9

El dinero se desintegra rápido si no hay nada que hacer.

Casi dos meses pasaron, dejando atrás la locura de las fiestas y la esperanza que flota en los primeros días del año. No comento nada de estas fechas porque no hay gran cosa que decir. Mi festejo fue tomar un fantino, con Los Simpsons de fondo. Para quien no esté familiarizado con el término, fantino se denomina, o al menos así lo hacemos entre mis amigos, a la mezcla entre la fanta y el vino tinto. El vino en cartón y la fanta casi sin gas; acompañé esta maravilla de la coctelería argentina con un pan de antes-de-ayer y fiambre con olor fuerte. Cena para uno, bebida como para tres, dresscode casual: short de Boca y musculosa.

Esa fue mi navidad. El año nuevo fue lo mismo, salvo que comí salchichas con arroz y al outfit se le sumaron una mancha de aceite y unas quemaduras de cigarrillo. Lo único que tengo para resaltar de estas fechas, es que mi celular no vibró ni una sola vez.

El Gordo partió apenas empezó el año, estaba tan emocionado que incluso noté una lágrima en su cachete, antes de perderse por la puerta de embarque. Estoy convencido que allá le irá bien, me gusta pensar que la secuencia de la antena destrabó

algo en él, y que ahora podrá hacer cualquier cosa que se proponga.

Mi rebeldía desapareció junto a todo aquello. Mi nuevo chaleco es ahora una mochila. La llevo a cuestas sobre una bici prestada, ando y desando la ciudad, llevando pedidos a contrarreloj.

Llega un mensaje de la Zoe. Me alcanzaron unas pocas juntadas para darme cuenta que lo nuestro terminaría sin siquiera haber empezado. Sólo había servido para calmar las ansias de serotonina en los días nublados. Siempre me pasa igual: me gusta una piba, la idealizo y termino por pensar que no soy suficiente para ella, así que decido borrarme antes que me lastimen.

No tengo fuerzas ni para ponerle una excusa.

No sé qué día es, da igual. Raspo los últimos granos de arroz del fondo de la olla y me dedico a mirar hacia abajo. El movimiento parece no terminar nunca. Al menos, si exploto contra la vereda, puedo causar algo de sorpresa en esta meseta eterna. Sería una sorpresa rápida y a seguir cada uno con lo suyo, obvio. Una noticia mal redactada en algún diario online, una mención cortita en el noticiero y listo, nuevamente a hablar de los dichos polémicos de tal figura pública, o de cómo se prepara la selección de cara a tal partido decisivo. Decido salir antes y dejar de darle vueltas a mi potencial suicidio. No tiene sentido imaginarlo cuando sé que no tengo el coraje para llevarlo a cabo.

El día arranca, como de costumbre, con algunos pedidos esporádicos que salen rápido por la poca demanda. Con el correr de las horas van aumentando, al igual que mi esfuerzo sobre los pedales. Los negocios se demoran y yo recibo las quejas por parte de los clientes. No puedo quedarme a discutir mucho ya que el tiempo apremia. Una sonrisa, una disculpa y de nuevo a pedalear.

A mitad de la jornada voy atrasado varios minutos y me llegan mensajes prepotentes para saber cuánto más deben esperar. He adquirido un ritmo preocupante; en cada esquina, los autos me pasan muy cerca y las bocinas se pierden a mi espalda. Pedaleo enajenado, respirando por la boca, sorbiendo los mocos que se hacen agua.

En ese estado llego a una casa en el Barrio Bancario, con un Jack Daniels y un Marlboro box en la mochila. También tengo un flat white y un muffin de cranberry que debo entregar por acá cerca. Qué pajeros y qué boludos nos ha puesto la globalización. Pasan unos minutos desde que toqué el timbre y nada. La luz de la tele traspasa las cortinas, hay sonidos de alguien que va y viene por el living. Vuelvo a tocar, esta vez dejando apoyado el dedo.

—¡Ya va, la concha de la lora! — Se oye dentro otro cliente relajado, esperando pacientemente su pedido.

Estoy a punto de explotar de ansiedad cuando la puerta se abre. Intercambio la bolsa de papel por el dinero, sin mirar quién me lo da. Me dispongo a levantar la bici y escucho que la persona se ríe.

—Así que… acá terminaste. — Ramírez me escruta desde el umbral. —Qué bien la hiciste, ahora sos tu propio jefe. — Lo está disfrutando el hijo de puta. Me parece irreal el encuentro; mucho más por su actitud que por el encuentro en sí. Siempre tan estirado, ahora está re duro y se le ve que hace bastante que no duerme. Incluso tiene un poco de merca en la nariz; es casi imperceptible, pero yo esta peli ya la conozco.

Se pone más pesado al ver que lo ignoro. Se acerca y me empuja para que le responda.

—Eh… te estoy hablando, pelotudo. Ahora te puedo hablar como se me cante el orto. ¿Qué pasó? ¿Ya no sos canchero? —
—Mirá, mejor dejame en paz porque estoy apurado y… —
—¿Y qué? ¿Tu jefe se enoja? Ah… no, cierto que no tenés. ¿Qué pasa si no llegás? ¿Te quedás sin comer? —
—Prefiero esto a verte la cara de choto todos los días. —
—No te hagás el vivo. — Me vuelve a empujar, esta vez tan fuerte que pierdo el equilibrio y caigo sentado sobre la mochila.

El flat white explotado en mi culo, el insano agotamiento y, sobre todo, la risa de este falopero, me ciegan. Me levanto y arremeto con todas mis fuerzas. Él tropieza con el escalón de la

entrada y ambos caemos abrazados dentro de su casa. Antes de tocar el suelo, se escucha un golpe seco y mi oponente deja de ofrecer resistencia. Le doy dos piñas bien puestas, pero no hay reacción. Está tirado, temblando. Trata de hablar, pero sólo salen balbuceos; un poco de baba se desliza por su comisura.

Al separarme de él, me doy cuenta que se dio en la cabeza con la punta del recibidor. El barrio está oscuro y tranquilo, parece que nadie ha visto la secuencia. Escondo la bici atrás de unos arbustos, entro y cierro la puerta rápidamente. Mi cabeza va a mil, ¿qué mierda hago? Se me ocurre indagar si no hay nadie más en la casa. Todo indica que nadie limpia hace tiempo: hay vasos sucios, botellas vacías, un cenicero lleno, un plato con dos rayitas de merca. El suelo está empapelado de servilletas usadas y paquetes de comida chatarra. Miralo a Duraznito viviendo la buena vida.

Él murmura algo que no entiendo, tiene los ojos inyectados de odio; quizás esté invocando a algún demonio, o tal vez sólo hace su mayor esfuerzo para aferrarse a la vida. Me siento en el sillón para ordenar mis ideas. El volumen del televisor está al palo, en el noticiero hablan de una alerta en Europa por un virus que se expande a toda velocidad desde China. Ya no saben cómo meternos miedo, pienso.

Ramírez se ha dormido… ¿o estará muerto? Aún respira, eso es buena señal… ¿o no? No puedo dejarlo así, no hay alternativa, o mejor dicho, sólo hay una.

La forma menos violenta que se me ocurre es con una almohada. El que esté desmayado lo hace más fácil. No es que merezca irse sin sufrir; si fuese por mí, lo torturaría hasta que me rogara acabar con su vida. Sin embargo, mi estómago no aguanta y, con la almohada, no sólo no tendría que mirarlo a los ojos, sino que también le taparía su verruga nauseabunda. Eso además de la obvia ventaja del silencio.

Aspiro el polvo blanco para reunir valor. Subo a su habitación y vacío todos los cajones, cosa que parezca un robo común. La verdad es que no tengo idea hasta dónde llegan las habilidades de nuestra fuerza policial, así que no toco nada directamente con mis manos. Una cajita cae sobre la pila de ropa y se abre, dentro encuentro mil y pico de dólares y una medallita de oro. No está mal para estar tranquilo un tiempo y poder pensar bien los próximos movimientos.

Llamó mi atención lo fácil que fue acabar con una vida. El cuerpo no opuso mayor resistencia que la de un espasmo corto y débil. El golpe debía haberle tocado alguna vértebra, quizás dejando al infeliz inválido. Tengo que admitir que en ningún momento sentí pena ni remordimiento, sólo indiferencia. La misma indiferencia que deben tener los empleados de un matadero.

Agarro el pedido que está al lado del fiambre y el celular que tiene en su bolsillo. Limpio con un trapo todo aquello que toqué, como he visto en las pelis. Echo un último vistazo alrededor, cierro la puerta con cuidado y me voy pedaleando despacio en

dirección a la ciclovía. Le regalo los puchos a un ciruja que me agradece con una sonrisa desdentada. El whisky me lo llevo para olvidarme… o para festejar, lo que sea que surja primero.

Capítulo 10

El calor empezaba a ser un recuerdo cuando nos encerraron. Al final, el virus terminó siendo cosa seria. Se ha expandido por todo el mundo, saturando hospitales y matando gente por falta de aire. Acá la situación se mantiene bajo control, pero es cuestión de tiempo para correr con la misma suerte, dicen los especialistas. El presidente decretó un aislamiento obligatorio de un par de semanas; llevamos mes y medio, y no hay pistas de que la cosa mejore.

El tiempo ya no se mide en horas, sino en noches y días. Las sombras mutan hasta ocupar todo el departamento y lo único que hago es saltar de la tele a la ventana, del caos a la quietud. En los noticieros no se habla de otra cosa. Los sádicos, incluso, han fijado un zócalo que contabiliza, en tiempo real, los contagios y muertos, mientras te dicen, casi regodeándose, que hay que conservar la calma, que debemos cuidarnos y no salir de casa. Puede adivinarse el placer escondido detrás de sus gestos serios; las personas no tienen otra opción más que caer en sus fauces. Nos tienen a su merced.

Salgo a dar una vuelta, cada tanto, con la excusa de comprar comida. Paseo entre persianas cerradas, el viento es lo único que se oye. Paso por almacenes donde la gente hace fila y habla

bajito. Ruegan volver a la normalidad y se embadurnan las manos enguantadas con alcohol en gel. Algunos creen que esto sacará lo mejor de cada uno y que saldremos más unidos. A mí me sorprende la ingenuidad de la raza humana.

La plaza está cerrada, cintas de peligro la abrazan. Una bolsa de plástico rebota entre árboles y termina sus acrobacias en una fuente sin agua. Controles acogotan las avenidas, los cobanis están a sus anchas; su presencia ya es común y sus maneras son justificadas por cuestiones de salud pública.

La ciudad es una foto, el cielo gris colabora para darle apariencia antigua. Por momentos parece un sueño, me da la impresión de haber sobrevivido un apocalipsis. Prendo otro porro, pero no percibo el cambio en mi humor. Los únicos que van y vienen son mis ex colegas de las mochilitas. Fueron declarados «trabajadores esenciales» y ya me da gracia el cinismo que se maneja. Las palomas se juntan, cada atardecer, sobre el cable que va al edificio de enfrente. Se cuentan los chismes del día, quizás las más atentas se pregunten por qué habremos desaparecido.

No he hablado con nadie desde el comienzo de la cuarentena, ni a través de la virtualidad, mucho menos en persona. No recuerdo cómo hacerlo, o eso me parece. Las pocas habilidades sociales que mantenía ya no están y no creo que vuelvan.

Mi vieja no responde mis mensajes. He podido hablar con la vecina y ella le está dando una mano, al menos hasta que esto

se calme un poco. Le escribí a la Zoe en un momento de debilidad, apenas desperté alrededor de las cuatro de la tarde. Ya cae la noche y no ha habido respuesta. Ni siquiera leyó el mensaje, mejor. Además de merecerlo, no estoy convencido de querer verla, tal vez es mi mente que me juega una mala pasada. Con que esto es la verdadera soledad…

Hoy me acordé de Ramírez, hacía mucho que no pasaba. Hasta he dejado de temer los golpes de la yuta en mi puerta. Me parece mentira que haya matado a un hombre, pero, en definitiva, si nadie me vio y yo logro erradicar el suceso de mi mente… ¿en verdad pasó? Miro el frasco de marihuana que pegué con su plata y me da gracia el estar fumándome sus ahorros sin siquiera disfrutarlo.

Ser testigo del derrumbe de la civilización está resultando bastante aburrido. Tantas películas de invasiones extraterrestres, cataclismos y ataques zombies, para que el mundo se acabe así, en silencio y docilidad. Es por eso que me puse a escribir, para entretenerme. No lo había hecho nunca; tomé un papel y empecé a garabatear recuerdos. Ahora me rasco la cabeza, golpeo con la birome sobre la hoja, creo que ya me quedé sin cosas para contar. Algún día, cuando consiga una compu, lo pasaré en limpio. Aunque es probable que nunca lo haga, se siente bien imaginarlo.

Ya me voy a dormir, ojalá mañana pase algo interesante.

Sobre el autor

Federico Andrés Aracena (a.k.a. fede andy) es un escritor nouvelle, oriundo de Mendoza, Argentina. Además de su labor con las palabras, fede andy es fungicultor autodidacta y un psiconauta meticuloso. Sus áreas de interés son el uso de psicodélicos para la autoexploración, la reducción de riesgos en el consumo de sustancias y la holgazanería. Sus objetivos son una casa en la montaña y tiempo libre.

Por el momento, todo sigue siendo jornada de 40 horas semanales y de la casita ni planos ni terreno. De todas maneras, va por buen camino; o al menos va, que es lo importante. Esta es su novela piloto que pone en marcha los motores y se lanza a la deriva.

Para contacto puede enviar un mensaje directo a @fede__andy o dirigirse al mail unescritordesempleado@gmail.com